

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Beban este veneno

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

El tema que abordaba Antonio Fontana en su última novela, *Hasta aquí hemos llegado*, era delicado (la vida diaria en una residencia de ancianos), escribía servido en este suplemento. Un tema que exigía matices y, sobre todo, ausencia absoluta de demagogia. El que aborda ahora en *Una mujer furiosa* también es delicado, pero además es provocador, y redondeado con una inventiva novelesca digna de un novelista de fuste.



La novela está contada en primera persona por el narrador, Santi. Pareciera que él es el protagonista, aunque sólo lo es porque es el testigo de todo lo triste e increíble que leemos de su relato. La obra lleva en su encabezamiento un verso de Chantal Maillard: "Escribo / para que el agua envenenada pueda beberse". Pues bien, el agua envenenada es esta novela. Y Fontana logra que nos la bebamos, como si lo hiciéramos para saciar, durante unos instantes, nuestra sed de excelente literatura.

Santi tiene un padre, una madre y un hermano mayor que él. Lo que nos relata sucede cuando él tiene 12 años. Santi es un niño que se mueve tratando de encontrar significado a lo que ve, a lo que le dice su cuerpo, lo que escucha en labios de su madre, lo que le dice su hermano, Fedé, que acepta porque en el fondo lo admira. La acción transcurre entre la ciudad de Málaga y un pueblo. Entre la ciudad y el campo, con todas las derivadas conceptuales que le dio John Berger a esta dicotomía. El padre es profesor y director de un instituto. Pasa sus ratos en casa leyendo y subrayando libros. Alienado absolutamente en su faena. Tan alienado que parece que viviera solo. Pero esto va pasando factura. La madre es la mujer furiosa. Furiosa cuando van al pueblo por vacaciones, furiosa en Málaga. Curiosamente, la única persona que repara en ella, en el pueblo, es un chico deficiente que le confiesa a viva voz que la ama, que es su Julieta, y que un día se casarán.

No todas las preguntas que se hace en su presente Santi sobre su vida a los 12 años, entre la ciudad y el campo, tienen respuesta (son los silencios que configuran su presente). Sustancialmente no la tiene por qué su madre huyó una noche con su pequeño enamorado.

Una mujer furiosa

Antonio Fontana
Siruela, 2023
320 páginas. 18,95 euros



Marcos Giralt Torrente, en Corcubión (A Coruña) en agosto de 2018. OSCAR CORRAL

ENSAYO

El sabio generoso

Los artículos, prólogos, conferencias y otros textos de Marcos Giralt Torrente recopilados en este volumen revelan a un autor escorado y lúcido, brillante y educado

POR CARLOS PARDO

En el breve texto autobiográfico que da título a esta recopilación, Marcos Giralt Torrente (Madrid, 1968) da una clave de su actitud ante el mundo: la "falta de agallas". "Mi afán por la invisibilidad, reconvertido en excesiva prudencia", escribe, "ha sido en algunos casos ventajoso". Gracias a esta "cobardía" habría conseguido sustraerse de algunos despistes vitales, adicciones y envanecimientos. Y uno está tentado de pensar que esta cualidad moral (la debilidad manifiesta) puede entrañar una forma superior de vivir la literatura: echarse un poco al lado mientras otros se pavonean, no perder el hilo de las obsesiones propias, e incluso alcanzar una empatía con aquellos que erran el tiro. No se me ocurre mejor clave del lugar que ocupa Giralt Torrente: algo escorado y lúcido, brillante y educado.

Algún día será recuerdo reúne artículos de prensa, prólogos, conferencias y textos de diversa procedencia. Despliega, con hábil ritmo, un recorrido temático que comienza con algunos retratos familiares, continúa con reflexiones sobre arte y literatura, y se cierra con un regreso a la familia, el crecimiento del hijo en un mundo que se le antoja al autor "peor que aquel en que nací". Pero si algo sorprende de este libro construido con elementos dispares es su profunda coherencia. Años de escritura han conformado esta personalísima visión del mundo y esta suma de obsesiones.

Si bien no hay texto malo en *Algún día será recuerdo*, sus cualidades brillan con más fuerza en aquellos de mayor recorrido. Como en el hermosísimo 'Una mujer admirable', dedicado a su tía Carmen Giralt, actriz ocasional de películas míticas de los ochenta y también, en cierto sentido, artista de su propia vida: el inestable equilibrio entre un desclasamiento "hacia abajo" y una paradójica libertad.

En Giralt Torrente hay una predi-

lección por estos desvíos, también en los magníficos textos dedicados a la literatura: una defensa del error afortunado. Por ejemplo, de los "elocuentes defectos" de los grandes escritores, aquellos que no afean su obra sino que incluso propician el acierto imprevisto. En Tolstói o Dickens, en Dodger o Bioy Casares... O en el abuelo del autor, Gonzalo Torrente Ballester, y su novela "falangista" *Javier Mariño*.

En cuanto a los textos dedicados a la pintura, bien traten del empleo del *collage* en Kurt Schwitters o de los interiores de Matisse, puede verse cómo todos orbitan en torno a la figura del padre del autor, el pintor Juan Giralt, al que dedica también un brillante texto, 'Pintar rehaciendo'. Quizá porque en la relación con el padre se evidencia una forma de entender la creación, también literaria. En primer lugar, un "complejo de Telémaco", según la expresión de Massimo Recalcati: frente a la necesidad de matar al padre, propia del complejo de Edipo, aquí se trataría de "restaurar la autoridad paterna". Una actitud extrapolable a nuestra manera de asumir una tradición viva y compleja en un tiempo de "devaluación de la profesión literaria". En segundo lugar, por la formulación de una pregunta: qué nos lleva a ser escritores. En un extremo, el legado; en el otro, la vocación. Y entre medias, una forma de vivir para la literatura.

Quienes han leído a Giralt Torrente saben que estos textos ocupan un lugar central en sus obras, como en la pionera novela autobiográfica *Tiempo de vida* (2010), dedicada a la relación con su padre. Pero nada en este libro suena a leído antes. Cambia en él la perspectiva: aquí escriben el crítico y el perfecto biógrafo, el sabio generoso que despliega y contagia sus saberes. Un libro excepcional.

Algún día será recuerdo

Marcos Giralt Torrente
Anagrama, 2023
288 páginas. 18,90 euros

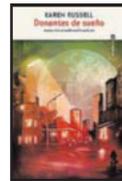
NARRATIVA

Pesadillas en un futuro sin sueño

POR LAURA FERNÁNDEZ

En un futuro neblinosamente cercano, el sueño desaparece. La gente no puede pegar ojo. Los somniferos han dejado de funcionar. El ser humano ha desarrollado una resistencia a los fármacos tan grande que hasta la anestesia es historia. Pero se ha encontrado la manera de poder donar sueño. Existe un Banco del Sueño, y luego existen las Brigadas del Sueño, y hay ambulancias atravesando ciudades a toda velocidad para salvar a alguien que lleva tanto tiempo sin dormir que lo más probable es que esa noche sufra algún tipo de colapso y muera. Así dio comienzo todo para Trish. Su hermana Dori jamás había dormido bien, pero luego dejó de hacerlo por completo. Murió despierta, después de pasar 20 días y 14 minutos sin dormir. Encerrada en su cabeza sin posibilidad de escapar. Ahora, Trish se dedica a invocarla para convencer a aquellos que aún duermen de que donen su sueño.

El punto de partida de la última novela de Karen Russell (Miami, Florida, 41 años), una de las autoras clave —y a la cabeza—, junto a la imprescindible Kelly



Link, del nuevo fantástico norteamericano, es fascinante. Y no lo es tanto por aquello que cuenta, sino por cómo lo cuenta. El aire de microdistopía —o vistazo al abismo, pequeña temporada en el infierno del no sueño— que destila tan brevisima y punzante *nouvelle* no sería el mismo si no fuese por la cristalina primera persona que, como lector, te hace sentir en todo momento dentro de la cabeza de Trish, la hermana superviviente, eliminando toda extrañeza ante el mundo representado, y convirtiéndolo en instantánea y terrorífica cotidianidad: he aquí lo que impactó a Stephen King, el maestro de ese tipo de narrador que impide que creas, mientras lees, que sigue existiendo un mundo a tu alrededor.

En el momento en el que Trish nos da la bienvenida a su vida de brigadista del sueño están ocurriendo al menos dos cosas. La primera es que acaba de captar a su primera donante universal, y la única que existe. Porque no, no cualquier sueño es apto para cualquiera. Pero el sueño de la llamada Bebé A lo es. Y sus padres, los Harkonnen —a quienes Trish captó en un aparcamiento, contando por enésima vez la historia de su hermana—, están empezando a temer por la salud de la pequeña de tanto sueño como está donando y se preguntan si no deberían apartarla de todo eso. La segunda cosa es que ha aparecido un donante nada solidario. Un donante que donó un sueño contaminado con una pesadilla insoportable que está volviendo locos a aquellos que lo recibieron. Se le conoce como Donante Y, y es una especie de supervillano.

¿Por qué? Porque actuó a conciencia. Quiso que, de alguna forma, el mundo se infectara con sus pesadillas. ¿La única cura? El sueño limpio de la Bebé A. Con un burocrático enfrentamiento entre el Bien y el Mal de fondo, Russell enciende el piloto rojo del exceso de atención, y la velocidad, y la inhumanidad de lo algorítmico, el inacabable flujo de información y entretenimiento, la llamada de atención constante y no la falta de sueño sino de conciencia. Lo que desaparece con los sueños, parece decirnos Russell, y su brillante otro mundo infectado de alertas —un otro mundo en perpetuo estado de alarma al que no en vano dio forma durante la pandemia—, es aquello que somos, o que podríamos haber sido, más allá del mero receptáculo en el que el acelerado sistema se vierte a sí mismo sin descanso. Ese sistema envenenado con pesadillas que está, de alguna forma, matándonos, aniquilando nuestros sueños.

Donantes de sueño

Karen Russell
Traducción de Rubén Martín Giráldez
Sexto Piso, 2023. 180 páginas. 19,90 euros